



ALFREDO FLORISTÁN
(Coord.)

HISTORIA MODERNA UNIVERSAL

Ariel



Alfredo Floristán (coord.)

HISTORIA MODERNA
UNIVERSAL

Ariel

ÍNDICE

<i>Autores</i>	21
<i>Introducción</i>	25
CAPÍTULO 1. Descubrimiento y contacto con otros mundos, por JOSÉ ANTONIO ARMILLAS.	29
1. Introducción	29
2. El horizonte africano	30
3. Las Indias de Poniente.	32
3.1. La gestación del proyecto colombino	32
3.2. La invención de las Indias	34
3.3. La confirmación de la empresa colombina	36
3.4. La competencia europea	37
3.5. Los postreros viajes de Colón	38
3.6. Los viajes andaluces	39
4. La búsqueda del paso interoceánico.	41
5. El horizonte asiático.	43
6. El diseño de las redes comerciales lusitanas	46
7. La construcción de los reinos de Indias	49
7.1. El edificio institucional	49
7.2. De la conquista de México a la creación de la Nueva España	50
7.3. La conquista del Perú.	52
8. Epílogo	53
<i>Bibliografía</i>	54
CAPÍTULO 2. Humanismo y renacimiento cultural, por LUIS E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES	55
1. Humanismo y Renacimiento	55
1.1. El Renacimiento como recreación de una Edad de Oro	55
1.2. Características del Humanismo renacentista	57
1.3. Ciencia y técnica en el Renacimiento	58
2. Humanismo y cultura renacentista en Italia.	60
2.1. Escenario y personajes	60

2.2.	Los <i>Studia humanitatis</i>	61
2.3.	Pensamiento filosófico	63
2.4.	Innovaciones artísticas	64
2.5.	Difusión del Humanismo	65
3.	Humanismo y Renacimiento en Europa.	68
3.1.	Países y figuras. España y Francia	68
3.2.	Inglaterra, Alemania y Países Bajos	69
3.3.	Recepciones fragmentarias	71
3.4.	Humanistas singulares. Erasmo	73
3.5.	El caso de Luis Vives.	74
4.	Disgregación del Renacimiento	75
4.1.	Las letras y las artes	75
4.2.	Impronta de la Europa católica	77
5.	Epílogo	78
	<i>Bibliografía</i>	78
CAPÍTULO 3. La ruptura de la cristiandad occidental: las reformas religiosas, por ALFREDO FLORISTÁN IMÍZCOZ		81
1.	Reforma y contrarreforma. La fragmentación religiosa de Occidente.	81
2.	Necesidad, anhelos e interés de las reformas religiosas	82
2.1.	Abusos morales y eclesiales	83
2.2.	Anhelos religiosos	83
2.3.	Intereses sociales y políticos	84
3.	Las confesiones protestantes	85
3.1.	Lutero y el luteranismo	85
3.2.	Zwínglio. Los anabaptistas y los reformadores radicales	89
3.3.	Calvino y el calvinismo.	91
3.4.	El cisma inglés y la reforma anglicana.	94
4.	La reforma católica	96
4.1.	Movimientos previos	96
4.2.	El Concilio de Trento.	98
4.3.	Obra y aplicación del Concilio	100
5.	Una Europa confesional	102
	<i>Bibliografía</i>	104
CAPÍTULO 4. Afirmación monárquica y procesos de integración política, por JAVIER ANTÓN PELAYO y ANTONI SIMÓN TARRÉS		105
1.	La nueva forma política de las monarquías mayestáticas.	105
1.1.	El menoscabo de la autoridad papal	105
1.2.	El declive de las pretensiones universalistas del Imperio	106
1.3.	El control de los poderes locales	107
1.4.	El príncipe nuevo	109
2.	Configuraciones estatales e identidades nacionales.	110
2.1.	Patria y nación. Naturales y extranjeros	111

2.2.	Identidades y contraidentidades	111
2.3.	Fronteras	112
2.4.	Cultura, historia y lengua	113
3.	Las estructuras del estado	114
3.1.	La corte y los órganos del gobierno central	114
3.2.	La burocracia	115
3.3.	La diplomacia.	116
3.4.	Ejércitos.	118
3.5.	Hacienda y finanzas	119
4.	Las relaciones entre los estados	120
4.1.	Los retos de las nuevas monarquías	121
4.2.	El derecho internacional	122
<i>Bibliografía</i>		124
CAPÍTULO 5. Las monarquías dinásticas: Francia, Inglaterra, España, por JOSÉ MARTÍNEZ MILLÁN		
		125
1.	La estructuración de la Monarquía francesa durante la primera mitad del siglo XVI	126
1.1.	La organización de la Monarquía durante los reinados de Carlos VIII y Luis XII (1483-1515)	126
1.2.	El nuevo estilo de la Monarquía de Francisco I (1515-1547) y Enrique II (1547-1559)	129
2.	Las transformaciones de la Monarquía inglesa en los inicios de la Modernidad	133
2.1.	Los primeros cambios institucionales durante el reinado de Enrique VII	133
2.2.	La nueva forma de gobierno de Enrique VIII	135
2.3.	La reforma inglesa bajo Eduardo VI (1547-1553). El primer «Book of Common Prayer»	142
2.4.	La restauración del catolicismo. María Tudor (1553-1558)	143
3.	Hacia la formación de la Monarquía hispana	143
3.1.	La Monarquía de los Reyes Católicos	143
3.2.	La organización de la Monarquía con Carlos V	149
<i>Bibliografía</i>		153
CAPÍTULO 6. Pluralidad de formas políticas en Europa, por GREGORIO COLÁS LATORRE		
		155
1.	Italia	155
2.	El Imperio Germánico.	159
3.	Las Monarquías del norte de Europa: Dinamarca-Noruega y Suecia.	163
4.	Polonia.	165
5.	Rusia.	168
6.	Hungría-Bohemia	171
7.	El Imperio turco	173
<i>Bibliografía</i>		176

CAPÍTULO 7. La rivalidad hispano-francesa y la amenaza otomana (1494-1559), por JOSEP JUAN VIDAL	177
1. La intervención de Francia y España en Italia (1494-1515): hegemonía francesa en el norte y española en el sur	179
1.1. El primer intento francés de conquista de Nápoles por parte de Carlos VIII (1494-1495). La forja de una liga antifrancesa. Consecuencias diplomáticas de las alianzas	179
1.2. Segunda intervención francesa en Italia. Conquista del Milanesado y reparto de Nápoles con España. Guerra hispano-francesa. Hegemonía francesa en el norte y española en el sur	180
1.3. Viraje hispánico. Tratado de Blois de amistad con Francia. Liga antivenezana de Cambrai. Nueva ruptura de relaciones hispano-francesas y expulsión de Francia del Milanesado. Reconquista francesa de esta estratégica región.	181
2. La rivalidad Francisco I-Carlos I, la expansión otomana en el Danubio y el Mediterráneo y el avance del protestantismo en Alemania	182
2.1. Primera guerra hispano-francesa entre Francisco I y Carlos I. Batalla de Pavía. Control hispánico del Milanesado y hegemonía en Italia. Tratado de Madrid de 1526.	184
2.2. Segundo conflicto hispano-francés. Avance turco en el Danubio y conquista de Hungría. El Saco de Roma de 1527. La transferencia al bando imperial de la flota genovesa. Las paces de Barcelona y Cambrai de 1529	186
2.3. Los esfuerzos de reunificación religiosa: la Dieta de Augsburgo. La guerra contra los turcos. La fase mediterránea de la política de Carlos V. La toma de Túnez. La tercera guerra hispano-francesa (1536-1538). El fracaso de Argel de 1541	188
2.4. Nuevo conflicto hispano-francés. La paz de Crépy de 1544. ¿Milán o los Países Bajos?	192
2.5. La actividad del Emperador en Alemania. La guerra contra la Liga de la Smalkalda. La batalla de Mühlberg.	193
3. La quiebra del ideal de monarquía universal carolino y de la unidad de acción de la Casa de Austria. Nuevas guerras contra los protestantes y contra Francia. La paz religiosa de Augsburgo de 1555	194
4. La alianza hispano-británica, la abdicación de Carlos V de Bruselas, la guerra hispano-francesa de 1557-1559 y la paz de Cateau-Cambrésis de 1559	196
<i>Bibliografía</i>	199
CAPÍTULO 8. Francia, Inglaterra y España: conflictos confesionales (1559-1610), por RAFAEL BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO.	201
1. Religión y poder.	201
2. Crisis y restauración del poder monárquico en Francia.	201
2.1. Los orígenes de las guerras de religión (1559-1562).	201
2.2. El apogeo del poder hugonote	206
2.3. La matanza de San Bartolomé y sus consecuencias: el estado hugonote.	207

2.4.	El reinado de Enrique III (1574-1589)	208
2.5.	El reinado de Enrique IV (1589-1610)	209
3.	Isabel I de Inglaterra.	211
3.1.	La instauración del régimen isabelino	211
3.2.	El desafío puritano	213
3.3.	El desafío católico	214
3.4.	Los últimos años y la conjura de Essex	215
4.	Felipe II	216
4.1.	El gobierno de Felipe II.	216
4.2.	Las alteraciones de Aragón.	218
4.3.	Los problemas religiosos	218
<i>Bibliografía</i>		220
CAPÍTULO 9. Las guerras en la Europa de Felipe II (1559-1598), por EMILIA SALVADOR ESTEBAN		
1.	España potencia hegemónica	221
2.	Un intento de periodización	222
3.	Las rivalidades básicas	223
4.	La fase esencialmente mediterránea (1559-1578)	225
4.1.	El encuentro de Felipe II con el Mediterráneo. Entre la precipitación y el éxito.	225
4.2.	Reanudación y clausura del Concilio de Trento	225
4.3.	Ampliación de los frentes conflictivos: Francia y los Países Bajos	226
4.4.	El Mediterráneo entona su canto del cisne	230
4.5.	La primera guerra por el dominio del Báltico	232
5.	La fase atlántica (1578-1598)	234
5.1.	Felipe I de Portugal y II de España o el Imperio más vasto de todos los tiempos	234
5.2.	Clarificación de posiciones en los Países Bajos	235
5.3.	Inglaterra recoge la antorcha antihabsburgo	236
5.4.	Por fin la guerra con Francia	238
5.5.	La gran coalición antifilipina y el viraje hacia la paz	239
5.6.	Segismundo III, el «Felipe II del Norte»	240
<i>Bibliografía</i>		241
CAPÍTULO 10. Crecimiento demográfico y expansión económica, por PRIMITIVO J. PLA ALBEROLA		
1.	Los efectivos humanos y su evolución en una fase de crecimiento.	243
1.1.	La población del planeta Tierra	244
1.2.	Distribución de la población	246
1.3.	La nupcialidad	248
1.4.	El número de los nacidos	250
1.5.	La mortalidad	250
1.6.	Movimientos migratorios.	255
2.	Los recursos económicos	257
2.1.	El sector agrario	257

2.2. Las manufacturas	261
2.3. Los mercados: comercio y dinero	263
<i>Bibliografía</i>	267
CAPÍTULO 11. Los cambios sociales, por PERE MOLAS	269
1. La nobleza	269
2. La población urbana	271
3. Los campesinos	274
4. Los sectores marginados	275
5. Las revueltas populares	277
<i>Bibliografía</i>	278
CAPÍTULO 12. Iglesias y religión en el siglo del Barroco, por ROBERTO J. LÓPEZ.	281
1. La Iglesia católica en el siglo XVII	282
1.1. La consolidación y la difusión de la doctrina de Trento	284
1.2. Las reformas institucionales de la Iglesia romana	285
1.3. La expansión del catolicismo en América y Oriente	289
1.4. Los problemas doctrinales	290
2. Las Iglesias reformadas protestantes	293
2.1. Las Iglesias luteranas y calvinistas en el siglo XVII	294
2.2. La Iglesia anglicana.	296
2.3. Las Iglesias reformadas en América. Los puritanos y los cuáqueros	298
3. La religión occidental en la época del Barroco	299
3.1. Los progresos de la «religión reformada»	300
3.2. La caza de brujas en el siglo XVII	303
3.3. El nacimiento de la «increencia»	305
<i>Bibliografía</i>	305
CAPÍTULO 13. Cultura y ciencia en la época del Barroco, por SIRO VILLAS TINOCO	307
1. Introducción	307
2. Definición de los elementos básicos	308
2.1. Una sociedad convulsa	309
2.2. El sistema educativo	311
3. Buscando la racionalidad en un mundo caótico.	312
3.1. La filosofía: un nuevo estilo de pensamiento	313
3.2. Las bases del orden político	315
4. La revolución científica	316
4.1. Matematización, método y saber teórico	318
4.2. Los avances técnicos: consecuencia y motivo	320
5. El Arte y la fiesta en el Barroco	322
5.1. Una plástica para impresionar a las masas	323
5.2. La literatura y el teatro	324
6. Corolario: la crisis de la conciencia europea	325
<i>Bibliografía</i>	325

CAPÍTULO 14. Las Provincias Unidas (1581-1650). Las Islas Británicas (1603-1660) , por XAVIER GIL PUJOL	327
1. Las Provincias Unidas, en búsqueda de su definición constitucional y de su independencia (1581-1650)	327
2. Las Islas Británicas (1603-1660)	331
2.1. Reinado de Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra e Irlanda (1603-1625).	331
2.2. Reinado de Carlos I (1625-1649).	336
2.3. La república británica.	345
<i>Bibliografía</i>	349
CAPÍTULO 15. Monarquías rivales. Francia (1610-1661) y España (1598-1665) , por AMPARO FELIPO ORTS.	351
1. Los primeros años del reinado de Luis XIII (1610-1624)	352
2. Luis XIII y Richelieu (1624-1643)	354
2.1. Oposiciones y resistencias	356
2.2. La minoría de Luis XIV, Mazarino y la Fronda (1643-1661)	357
2.3. La Fronda (1648-1653).	358
2.4. Fin del gobierno de Mazarino (1653-1661)	361
3. El reinado de Felipe III (1598-1621)	361
3.1. El rey y su valido	361
3.2. La reforma administrativa y las Juntas	362
3.3. La expulsión de los moriscos	363
4. El reinado de Felipe IV (1621-1665)	365
4.1. El nuevo equipo de gobierno y la política de reformación.	365
4.2. El Gran Memorial y la Unión de Armas	366
4.3. Las sublevaciones de 1640	368
4.4. La caída de Olivares y el final del reinado	370
<i>Bibliografía</i>	371
CAPÍTULO 16. La Guerra de los Treinta Años y otros conflictos asociados , por BERNARDO J. GARCÍA GARCÍA	373
1. La <i>Pax Hispanica</i> , 1598-1618.	373
1.1. La Europa de los pacificadores: la balanza de las potencias	373
1.2. Desafíos a la quietud de Italia y crisis de la política de paz (1601-1617).	376
2. La Guerra de los Treinta Años (1618-1648)	379
2.1. La guerra de las guerras: una interpretación más global	379
2.2. La división confesional del Sacro Imperio: una frágil paz armada (1606-1617).	381
2.3. La ofensiva católica: hacia una «Pax austriaca» (1618-1628)	383
2.4. La guerra de independencia de las Provincias Unidas (1621-1648)	387
2.5. La invasión sueca y la crisis del bando imperial (1628-1634)	391
2.6. La guerra hispano-francesa: hacia una guerra total (1635-1659)	393
2.7. Nuevas paces para Europa: Westfalia, los Pirineos y el Norte (1648-1661).	395
<i>Bibliografía</i>	397

CAPÍTULO 17. La gestación de grandes imperios en la Europa del norte y del este , por ENRIQUE SOLANO	399
1. Desarticulación del Sacro Imperio y configuración de nuevas formas de absolutismo en Europa central	399
1.1. Evolución política del Sacro Imperio durante el siglo XVII	399
1.2. Definición y expansión de la Monarquía austriaca.	404
1.3. Engrandecimiento de Brandemburgo y gestación del Reino de Prusia	406
2. Los Estados escandinavos en la época del absolutismo.	409
2.1. Tentativas del absolutismo en Suecia en su época de esplendor y su resultado	409
2.2. Dinamarca: la pugna entre la corona y la aristocracia en la senda hacia el fortalecimiento del absolutismo	411
3. Del Siglo de Oro a la anarquía en Polonia	414
4. De la <i>smuta</i> a la reorganización del Estado en Rusia	416
<i>Bibliografía</i>	421
CAPÍTULO 18. Las monarquías occidentales en la época de Luis XIV (1661-1715) , por CARMEN SANZ AYÁN	423
1. La Francia de Luis XIV	423
1.1. La personalidad de Luis XIV	424
1.2. Los inicios de su reinado personal	424
1.3. Desarrollo y fortaleza administrativa.	425
1.4. El control de las instituciones políticas preexistentes	427
1.5. El control religioso	428
1.6. El control económico	431
1.7. La reforma militar	434
1.8. Política y cultura de Corte: Versalles.	434
2. El ocaso de la Monarquía Hispánica: Carlos II (1665-1700)	436
2.1. La minoría y los valimientos de Nithard y de Valenzuela	437
2.2. La mayoría del rey, la caída de Valenzuela y el ministeriado de don Juan José de Austria	438
2.3. Los ministeriados de Medinaceli y Oropesa	439
2.4. El problema sucesorio	440
3. La restauración de Portugal	440
4. Ascensión y consolidación de Saboya-Piamonte	442
<i>Bibliografía</i>	444
CAPÍTULO 19. La afirmación del parlamentarismo británico y los avatares del republicanismo neerlandés , por TOMÁS A. MANTECÓN	445
1. El republicanismo neerlandés en su edad dorada (1651-1688)	446
2. Los problemas de la monarquía restaurada en Inglaterra (1661-1688)	449
3. La <i>Glorious Revolution</i> (1688-1689)	453
4. Revolución financiera y estabilidad económica posrevolucionaria (1689-1714)	458
5. La monarquía limitada inglesa y el derecho de rebelión	460
6. Los modelos políticos británico y neerlandés.	463
<i>Bibliografía</i>	466

CAPÍTULO 20. Las guerras europeas en la época de Luis XIV (1661-1715),	
por LUIS A. RIBOT GARCÍA	467
1. El orden internacional a mediados del siglo XVII	467
2. El imperialismo de Luis XIV	468
3. Las primeras guerras (1667-1678)	470
4. El cenit de la hegemonía francesa. Las reuniones (1680-1684)	474
5. Europa contra Luis XIV. La guerra de los Nueve Años (1688-1697)	475
6. La sucesión de Carlos II	478
7. La guerra de Sucesión española	480
8. El orden de Utrecht	482
9. El retroceso de Suecia en el Báltico	483
10. Austria frente al Imperio turco	485
 <i>Bibliografía</i>	 487
 CAPÍTULO 21. Crisis y transformaciones en la población y la economía europea del siglo xvii,	
por RICARDO FRANCH BENAVENT	489
1. Caracterización de la centuria: de la teoría de la «crisis general» al énfasis en el impacto desigual de las dificultades	489
2. La controversia sobre las causas y la naturaleza de la crisis	492
3. La respuesta política a las dificultades: el mercantilismo	495
4. La complejidad de la evolución demográfica	498
5. La crisis de la sociedad rural y el incipiente proceso de transformación de la agricultura	502
6. La crisis de la manufactura urbana tradicional y la reestructuración de la actividad industrial	505
7. La decadencia de los centros mercantiles del Mediterráneo y la hegemonía de las potencias navales del Atlántico	509
 <i>Bibliografía</i>	 512
 CAPÍTULO 22. Cambios y tensiones sociales en el siglo xvii,	
por MIGUEL RODRÍGUEZ CANCHO	515
1. Imagen de una sociedad estamental. «La correlación ser-honor-riqueza»	515
2. La diversificación de los grupos sociales	516
2.1. La nobleza. «Principal estamento privilegiado»; «El rey, sólo el rey, puede hacer nuevos nobles»; «La primera condición que hay que llevar es ser rico e influyente»	517
2.2. La sociedad urbana. «El aire de la ciudad hace libre»; «Órdenes, oficios, cuerpos y comunidades»; «La burguesía, una especie urbana, no noble, rica y ávida de poder»; «Ha venido nuestra república al extremo de ricos y pobres, sin haber medio que los compase»	519
2.3. La sociedad campesina. «El reforzamiento de la dependiencia»; «Se empobreció, se debilitó, se dividió»; «La muerte de la aldea»; «De la resignación y la plegaria a la resistencia y la revuelta»	521
2.4. La sociedad marginada. «El tener y el no tener»; «Los que po-	

seen y los que no poseen»; «Pobres pero honrados, pobres indignos y pobres respetables»; «A los pobres siempre los tendréis con vosotros»; «Entre la caridad y la represión»	523
3. Cambios, tensiones y conflictos sociales. «Estos tiempos son tiempos de conmoción, y esta conmoción es universal»; «El desorden reinaba por doquier»; «Y la gente está revuelta»	525
<i>Bibliografía</i>	528
CAPÍTULO 23. La cultura en el Siglo de las Luces , por FERNANDO SÁNCHEZ MARCOS	529
1. Introducción	529
2. Las características básicas de la cultura europeo-occidental en el siglo XVIII	530
2.1. El cristianismo como referente civilizatorio fundamental	530
2.2. La transición a la civilización de la escritura.	531
2.3. ¿Cultura ilustrada <i>versus</i> cultura popular?	532
2.4. La hegemonía masculina y el papel social de la mujer.	533
3. La Ilustración como movimiento intelectual y sociocultural	533
3.1. El significado y características generales de la Ilustración en la historia europeo-occidental.	533
3.2. Cronología, sociología y contexto histórico de la Ilustración	534
3.3. Ilustración e innovación	535
3.4. Ideas-fuerza que configuran la visión del mundo ilustrada	536
3.5. Grandes figuras, centros y realizaciones de la Ilustración	537
4. Los límites de la Ilustración y los orígenes del Romanticismo	542
4.1. Los límites de la Ilustración	542
4.2. Ambigüedades y contradicciones de la Ilustración.	543
5. Tendencias artísticas en la sociedad cortesana del siglo XVIII	544
6. Los progresos en el conocimiento científico de la naturaleza y en su dominio.	545
6.1. Valoración y prestigio social de la ciencia en el Siglo de las Luces	545
6.2. Principales avances en los diferentes dominios científicos	545
6.3. Descubrimientos científicos y praxis tecnológica	547
<i>Bibliografía</i>	547
CAPÍTULO 24. El despotismo y las reformas ilustradas , por ENRIQUE GIMÉNEZ LÓPEZ	549
1. Caracteres generales del Despotismo Ilustrado	549
2. La aportación de las ideas ilustradas	550
3. La práctica del Despotismo Ilustrado en los Estados de la Europa Septentrional.	551
3.1. El perfil de los monarcas	552
3.2. La política económica	553
3.3. Las reformas administrativas: hacia una mayor centralización	554
3.4. Justicia y tolerancia.	555

3.5. Educación y cultura.	556
4. La práctica del Despotismo Ilustrado en las penínsulas Ibérica e italiana	557
4.1. Los protagonistas del Despotismo Ilustrado en la Europa meridional	557
4.2. Las reformas económicas.	558
4.3. Las reformas administrativas y regalistas	558
<i>Bibliografía</i>	560
CAPÍTULO 25. Francia y Gran Bretaña en el siglo XVIII , por MARÍA DEL CARMEN SAAVEDRA VÁZQUEZ	561
1. Francia desde la regencia hasta la revolución.	561
1.1. El periodo de la regencia (1715-1723)	562
1.2. El reinado de Luis XV (1723-1774)	565
1.3. La primera etapa del reinado de Luis XVI (1774-1789)	573
2. Gran Bretaña bajo los Hannover	575
2.1. El reinado de Jorge I (1714-1727)	576
2.2. El reinado de Jorge II (1728-1760)	580
2.3. El reinado de Jorge III (1760-1811)	583
<i>Bibliografía</i>	587
CAPÍTULO 26. La Europa Central. El Despotismo Ilustrado en Prusia y Austria , por JOSÉ IGNACIO RUIZ RODRÍGUEZ.	589
1. Introducción	589
2. El marco político de la Europa Central: el Sacro Imperio Romano Germánico, Austria y Prusia	590
3. Prusia, militarismo y burocracia	591
3.1. Los primeros pasos del Estado prusiano	591
3.2. Federico Guillermo I (1713-1740) y el desarrollo del Estado	593
3.3. El «absolutismo autocrático y pragmático» de Federico II el Grande (1740-1786)	599
4. Austria y sus debilidades: finanzas y «territorios»	604
4.1. Carlos VI (1711-1740) y la Pragmática Sanción.	605
4.2. María Teresa y el reformismo	610
4.3. José II (1780-1790) y el josefismo	614
<i>Bibliografía</i>	616
CAPÍTULO 27. Los estados nórdicos , por JOSÉ MIGUEL PALOP RAMOS	617
1. Polonia.	617
1.1. La época de los reyes sajones (1697-1763)	618
1.2. El reinado de Stanislas Augusto Poniatowski (1764-1795). Reacción reformista y repartos de Polonia	619
2. Dinamarca	622
2.1. Crisis y recuperación en la primera mitad de la centuria.	623
2.2. El reformismo ilustrado danés: un ejemplo avanzado	624

3.	Suecia	626
3.1.	La «Era de la Libertad» (1719-1772).	626
3.2.	La época del absolutismo ilustrado y el «periodo gustaviano» (1772-1809).	629
4.	Rusia.	631
4.1.	Pedro I y la modernización europeizadora de Rusia (1683-1725).	632
4.2.	Inestabilidad sucesoria y vaivenes políticos (1725-1762)	635
4.3.	El absolutismo ilustrado de Catalina II (1762-1796).	636
	<i>Bibliografía</i>	638
CAPÍTULO 28. Los estados meridionales en el siglo XVIII, por JORGE A. CATALÁ SANZ.		
	CATALÁ SANZ.	639
1.	Los estados italianos.	639
1.1.	Los territorios de los Habsburgo-Lorena	640
1.2.	El reformismo borbónico en el reino de las Dos Sicilias y el ducado de Parma	643
1.3.	Las reformas en el reino de Piamonte-Cerdeña	645
1.4.	Los estados italianos sin reformas	646
2.	La España de los Borbones	647
2.1.	Los decretos de Nueva Planta y la centralización política. El reinado de Felipe V (1700-1746)	647
2.2.	Paz y reconstrucción. El reinado de Fernando VI (1746-1759)	649
2.3.	El reformismo de Carlos III (1759-1788)	650
3.	La monarquía portuguesa	653
3.1.	Juan V (1708-1750) y el oro brasileño	653
3.2.	Las reformas pombalinas	655
	<i>Bibliografía</i>	659
CAPÍTULO 29. Los conflictos internacionales, 1715-1775, por M.^a VICTORIA LÓPEZ-CORDÓN.		
	LÓPEZ-CORDÓN	661
1.	Los desafíos de la paz (1713-1721)	664
2.	El sistema anglo-francés (1721-1733)	666
3.	El conflicto sucesorio polaco (1733-1738)	668
4.	La crisis turca y los tratados de Belgrado (1735-1739).	670
5.	Las tensiones americanas	671
6.	La guerra de Sucesión austriaca (1740-1748).	672
7.	La revolución diplomática (1748-1757).	674
8.	La Guerra de los Siete Años (1757-1763).	677
9.	La política europea después de 1763: las fronteras del este	678
	<i>Bibliografía</i>	681
CAPÍTULO 30. El despegue económico de Europa en el siglo XVIII, por RAFAEL TORRES SÁNCHEZ		
	RAFAEL TORRES SÁNCHEZ	683
1.	La expansión del mercado y de las oportunidades	683
1.1.	Más población y más dependiente del mercado: el ascenso de la sociedad de consumo	684

1.2. El papel del estado y los cambios institucionales	686
2. La locomotora del crecimiento: el comercio	687
2.1. La atracción del comercio	687
2.2. El comercio europeo	689
3. El comercio ultramarino.	694
3.1. La reconquista comercial de América	694
3.2. Intermediación y control de los europeos en el comercio asiático.	695
4. La expansión del capitalismo financiero	696
4.1. Estabilidad y disponibilidad monetaria.	696
4.2. La multiplicación de los instrumentos de pago y de crédito	697
4.3. De Amsterdam a Londres.	699
5. Las transformaciones industriales.	699
5.1. Los cambios en la organización y en la geografía industrial.	700
5.2. La Revolución Industrial en Inglaterra.	705
6. Estabilidad y cambio en el sector agrícola	707
6.1. El interés por la agricultura.	708
6.2. La expansión de la agricultura	709
6.3. <i>Norfolk system</i> y <i>enclosures</i>	710
6.4. Los cambios en la cría ganadera	711
<i>Bibliografía</i>	712
CAPÍTULO 31. Las transformaciones de la sociedad en el siglo XVIII , por AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO	713
1. Introducción	713
2. La nobleza	714
3. La burguesía	718
3.1. Definición y límites.	718
3.2. Principales grupos burgueses.	721
3.3. La mentalidad burguesa	727
4. Los trabajadores manuales	728
4.1. El campesinado	728
4.2. Menestrales urbanos	731
5. Diferentes aspectos de la dinámica social.	734
<i>Bibliografía</i>	736
CAPÍTULO 32. Los europeos fuera de Europa (siglos XVII-XVIII) , por CRISTI- NA BORREGUERO BELTRÁN	739
1. Introducción	739
2. El final de la expansión europea: Siberia y Oceanía	740
2.1. Siberia.	740
2.2. Oceanía	741
3. El Oriente Medio y el Índico en los siglos XVII y XVIII.	742
3.1. El Imperio otomano.	742
3.2. El Imperio persa o Imperio savafí o sefévida	746
3.3. El Imperio mongol	748
4. El Extremo Oriente en los siglos XVII y XVIII: el Imperio chino y el Imperio japonés	750

4.1.	El Imperio chino	750
4.2.	El Imperio japonés	753
5.	La América española y el Brasil portugués	756
5.1.	La América española	757
5.2.	El Brasil portugués	757
6.	Los europeos en América del Norte y el Caribe	758
6.1.	América del Norte	758
6.2.	El Caribe	759
7.	Los conflictos coloniales del siglo XVIII: Norteamérica y la India . . .	760
8.	La emancipación de las colonias inglesas de América del Norte	762
	<i>Bibliografía</i>	763
	APÉNDICE. Bibliografía y e-referencias , por XAVIER BARÓ I QUERALT	767

CAPÍTULO 1

DESCUBRIMIENTO Y CONTACTO CON OTROS MUNDOS

por JOSÉ ANTONIO ARMILLAS
Universidad de Zaragoza

*«Según es la diligencia y osadía de rodear el Mundo
por una y otra parte, podemos bien
creer que como se ha descubierto lo de hasta aquí,
se descubrirá lo que resta.»*

P. JOSÉ DE ACOSTA, 1590

1. Introducción

La apertura del mundo con la quiebra de los viejos horizontes que limitaban el espacio de la vieja Europa representaría una de las manifestaciones más sintomáticas de la superación de la llamada «crisis bajomedieval». La sucesión de movimientos expansivos que caracterizarían al siglo xv y que por razones de diversa índole sólo fructificarían en las monarquías ibéricas sentarían las bases de lo que conocemos como «economía-mundo», fenómeno esencialmente capitalista, categorizado como uno de los elementos que acelerarían en la llamada Edad Moderna el ritmo del proceso histórico. Que la expansión atlántica sólo podían protagonizarla los países marítimos del suroeste de Europa, es una evidencia avalada por la acumulación de conocimientos cosmográficos, el desarrollo de las artes cartográficas y la notable evolución de conocimientos técnicos en el arte de marear, entre los que el descubrimiento de la carabela representaría un avance sustancial en el dominio de la navegación a vela que llevaría a los nautas de su tiempo a abrir nuevas rutas oceánicas.

Es claro que cuando hablamos de navegación oceánica excluimos las ya antiguas relaciones mercantiles entre los mediterráneos europeos —el latino, el mar del Norte y el Báltico— para referirnos a la expansión atlántica propiamente dicha, a la búsqueda de otras rutas y nuevos horizontes que ampliarían a dimensiones mundiales los marcos tradicionales y que tendrían en los reinos de Portugal y Castilla sus principales agentes talasocráticos. Ya desde fines del siglo xiii, el reto de afrontar rutas meridio-

nales hacia Africa había suscitado no pocos esfuerzos e intereses, siendo agentes genoveses los primeros en asumirlos. Tal es el caso de los hermanos Vivaldi, de quienes no queda más testimonio que su destino siguiendo la costa africana antes de desaparecer en la empresa. En la segunda década de la centuria siguiente otro navegante genovés, Lacellotto o Lanzarotto Maloccello, descubría, para los intereses de la Corona portuguesa, el archipiélago canario, tan minuciosamente descrito en las fuentes clásicas. La presencia de una importante colonia genovesa en Portugal explica las exploraciones marítimas protagonizadas por navegantes genoveses al servicio de la Corona lusitana, hasta el punto de que M. Pessagno, investido por el monarca portugués don Dionis (1278-1325) con el título de almirante, sería el primer eslabón de una dilatada dinastía de almirantes al servicio de los monarcas portugueses que aportaron una nutrida relación de pilotos y tripulantes italianos a viajes atlánticos que alcanzaron los archipiélagos de las islas de la Madera y las de los Azores. La expansión atlántica iniciaba el cambio de ritmo del progreso histórico.

2. El horizonte africano

Las empresas africanas de Portugal vendrían exigidas por la carencia de oro que afectaba a los negocios de los mercaderes y determinaba devaluaciones monetarias que desvalorizaban las rentas fijas sobre la tierra, única fuente económica de la nobleza. A su vez, la insuficiencia monetaria y el aumento demográfico obligaban a incrementar las tierras cultivables con las que satisfacer la demanda cerealista en el inmediato continente africano, en el que se podía obtener, además, la mano de obra esclava que necesitaban las explotaciones azucareras en Portugal y en sus islas atlánticas. El incremento de los recursos pesqueros y la obtención de cueros, colorantes, laca y productos más o menos exóticos entre los que —al menos en principio— no figuraban las especias, eran motivos más que razonables para explicar tales empresas. Y en el horizonte más remoto estaba la India, el presumible paraíso especiero, según tantos informes, cuyo acceso exigía el conocimiento previo del litoral africano, continente que se interponía a aquel destino.

Una manifestación elocuente de la importancia que la Corona y los mercaderes lusitanos daban al destino africano de sus inversiones la encontramos en la figura del infante Enrique el Navegante (1394-1460), verdadero organizador, y en buena parte inspirador de los grandes descubrimientos lusitanos del siglo xv, y en sus obras como creador en Sagres de un centro náutico polivalente, esto es, arsenal, observatorio, taller cartográfico, escuela náutica, colegio de mercaderes, etc.

El punto de partida de las empresas africanas de la Corona lusitana dirigidas desde Lagos, puerto de salida de las primeras expediciones, puede fijarse en la conquista de Ceuta (1415), victoria que aseguraba la presencia lusitana en el Magreb, incrementaba las tierras para uso agrícola y permitía el acceso a los mercados áureos del norte de África, abastecedores del preciado metal amarillo tras recorrer los circuitos caravaneros que atravesaban el desierto del Sahara. Era obvio que el dominio de las plazas del septentrión occidental magrebí representaba el mejor acceso al oro del Sudán (identificación genérica del África negra) para acometer con él nuevas empresas expansivas.

Hasta alcanzar el Cabo Bojador en 1434 —punto en el que las corrientes contra-

rias impedían seguir el litoral africano—, las expediciones lusitanas investidas con el espíritu de cruzada recuperaban los viajes hacia los archipiélagos atlánticos. Tras instalarse ya con carácter definitivo en Porto Santo, en la isla de la Madera, en 1420, no podrían evitar la competencia de los castellanos que habían ganado posiciones en las Canarias durante los pasados conflictos con Portugal, pero les permitió el redescubrimiento de las islas de los Azores en 1427.

El progreso por la costa africana exigía abandonar el litoral, adentrarse en el Océano, para girar de nuevo hacia el Este, efectuando lo que los nautas de su tiempo identificaron como «la Volta», que les permitiría acceder a los confines del golfo de Guinea. El conocimiento de la zona a la que llamaron Río de Oro (1436), seguida del descubrimiento del Cabo Blanco (1441), Arguín (1443), la desembocadura del río Senegal o Tierra de los Negros (1444) y Cabo Verde (1444), culminaría la segunda etapa de la expansión africana, en la que el hito más notable sería la instalación de la factoría de Arguín, al sur de Cabo Blanco, cerca de donde hoy se levanta la ciudad mauritana de Nouadhibou. Tal enclave estratégico permitiría a los portugueses entrar en contacto con los circuitos caravaneros que los relacionarían con Tombuctú, en el curso del alto Níger, centro islámico y núcleo mercantil al que confluían las caravanas que, atravesando el desierto en todas direcciones, distribuían oro, esclavos, sal y otras mercancías. El intercambio de esclavos, polvo de oro y especias africanas con cereal, sal, caballos y tejidos exigiría una comunicación permanente con Tombuctú y otras ciudades de la cuenca del Níger.

La tercera etapa llevaría la expansión africana desde Cabo Verde (1444) hasta el cabo de Santa Catalina (1475), al sur del Cabo López, en el Gabón actual. A lo largo de más de treinta años, en un proceso irregular y complejo, los nautas portugueses doblaron Cabo Verde y Cabo Rojo hasta acceder, por el cauce del río Gambia, al mercado aurífero de Kantora, intermedio entre su producción y el gran emporio mercantil de Tombuctú. En el mismo año se alcanzaría la desembocadura del río Geba, que divide en dos mitades el territorio de Guinea-Bissau, y el archipiélago costero de los Bijagos. Una nueva detención distanciaría el Geba de la costa de Sierra Leona, descubierta por Pedro de Sintra en 1460, cuando agonizaba en el cabo San Vicente el infante don Enrique el Navegante. Diez años después, tras una paralización de las empresas lusitanas, los portugueses llegaron a la Costa de Oro (Ghana) donde, explorando el río San João, efectuaron el primer rescate de oro. Allí se levantaría, algunos años más tarde, la fortaleza de La Mina, emporio mercantil del oro que afluía de todo su entorno. La exploración continuaría todavía unos mil kilómetros hacia el Este, hasta alcanzar el cabo Formoso, en el extremo oeste de la desembocadura del río Níger, para cambiar de rumbo, hacia el Sur, y descubrir las islas de Santo Tomé (21-XII-1471), Anno Bom (1-I-1472) y San Antonio o del Príncipe. Regresados al delta del Níger, al año siguiente prosiguió la ruta costera, descubriéndose la isla de Fernando Poo —nombre del nauta— y alcanzando de nuevo el ecuador en la costa gabonesa en la expedición de los años 1473-1474, que culminaría al año siguiente cuando Rui Sequeiros alcanzaba el cabo de Santa Catalina.

La culminación del horizonte africano habría de esperar la conclusión del enfrentamiento bélico entre Castilla y Portugal a propósito de la Guerra de Sucesión a la Corona de Castilla, que exigió la erección de la fortaleza de La Mina y la protección de la producción áurea del curso castellano. Sólo tras la conclusión del Tratado de las Alca-

çobas (4-IX-1479), su confirmación en la bula *Aeterni Regis* y la muerte de Alfonso V de Portugal (28-VIII-1481) se reanudarían las expediciones que condujeron a los nautas lusitanos desde el cabo de Santa Catalina (1482) al océano Índico (1499). Diogo Cao, tras la preceptiva escala en La Mina, entre 1482 y 1484, descendió hasta los 13° 25' de latitud Sur, aproximadamente Punta de Salinas. En un segundo viaje, iniciado en 1485, Cao, siguiendo la misma ruta, encontró la desembocadura del río Zaire y la importante entidad política del imperio congolés. Tras ir jalonando sus avances hacia el extremo austral con padraos —cruces de piedra que atestiguaban la presencia lusitana—, alcanzaría la Bahía de las Ballenas y llegó a la Punta de San Martín y lo que andando el tiempo sería la Ciudad del Cabo, desde donde regresó a Lisboa, ignorando la proximidad del *finis terrae* austral.

La expedición destinada a encontrar el paso hacia oriente, saldría de Lisboa en agosto de 1487 al mando de Bartolomé Dias. Cuatro meses después pasó hacia el este a la altura del que luego llamaría Cabo Tormentario. Y cuando en febrero del año siguiente pudo comprobar que la costa iniciaba el ascenso hacia el NE, regresó por la misma ruta, encontrando, al fin, el extremo meridional del África. A fines de 1488, la noticia llegaba con Bartolomé Dias a la Corte lisboeta. La ruta hacia la India parecía expedita, pero una nueva paralización de ocho años y medio distanciaría el regreso de Bartolomé Dias de la expedición de Vasco de Gama, cuyo destino sería ya la península indostánica. Lejos de toda improvisación, tan peligrosa en tan costosas aventuras, se imponía ajustar cuantas informaciones habían aportado los nautas del periplo africano, como las de los viajeros portugueses que habían ido hasta la India y regresado a Egipto —tal es el caso de Alfonso de Paiva y Pero da Covilha—, cuyos informes sobre la navegación por el océano Índico no llegaron a Lisboa hasta 1492.

3. Las Indias de Poniente

La competencia luso-castellana en el Magreb, el banco sahariano y las riquezas extraídas por los portugueses de La Mina guineana determinarían la vocación atlántica de Castilla y el dominio del archipiélago canario, al que aspiraban también los portugueses, y que desde comienzos del siglo xv, distintas iniciativas privadas, mudanzas de propiedad y, en definitiva, la decisión de los Reyes Católicos, acabarían incorporando las Islas Afortunadas a su Corona tras un dilatado e irregular proceso de conquista y dominio de las islas menores y mayores, que se consumaría con la sumisión de Tenerife el 13 de noviembre de 1495. En Canarias, los Reyes aplicaron el sistema de capitulaciones de tanta tradición en Castilla y que continuaría utilizándose después en la empresa de Indias. Los reinos de Gran Canaria y Tenerife y, con ellos, todo el archipiélago canario, auténtico laboratorio institucional y administrativo de las Indias, fueron incorporados a la Corona de Castilla.

3.1. LA GESTACIÓN DEL PROYECTO COLOMBINO

Se acepta generalmente que Cristóbal Colón se estableció en Portugal hacia 1476, al calor de la importante colonia genovesa, y que navegaba ya en barcos lusita-

nos y en viajes comerciales hacia Inglaterra, Thule (Terranova o Islandia), Madera, Cádiz, Sevilla, Valencia y Génova. Tres años después contrajo matrimonio con Felipa Moniz de Perestrello, de la colonia genovesa, hija del capitán donatario de Porto Santo en la isla de la Madera, donde nacería su hijo Diego. Y tras un nuevo viaje de negocios a Génova, regresó con un proyecto ya madurado de hallar una ruta por Occidente que llevase hacia Oriente, que no ofrecía gran novedad para los nautas de su tiempo, pero que sí contaba con el factor de la oportunidad ante las dilatadas etapas de la expansión portuguesa por África.

Las fuentes en las que bebía Colón, al menos desde 1477, cuando llegó a su poder el mapa de las costas orientales de Asia debido al famoso cosmógrafo italiano Paolo del Pozzo Toscanelli, provenían de la geografía clásica: Marino de Tiro, Estrabón, Aristóteles, Séneca, Plinio y Ptolomeo, entre otros; conocía bien *Il Millione* de Marco Polo, el *Imago Mundi* de Pierre D' Ailly, la *Historia rerum ubique gestarum* de Silvio Eneas Piccolomini —Pío II—, en las que las abundantes notas manuscritas en sus márgenes denotan los evidentes apoyos que significaron para su proyecto. El error estaría en la distancia que separaba las costas europeas de las de Asia, calculadas en tan sólo 3.000 millas por Toscanelli, reducidas a 2.400 por Colón, basándose en Marino de Tiro, cuando en realidad son 10.600 millas las que separan el archipiélago canario de las costas asiáticas. Tan notable diferencia se explica en la longitud de 30.000 kilómetros calculada al ecuador por Toscanelli y Colón, frente a los 40.076 km que mide realmente. La errada proximidad y la presunta rentabilidad de la empresa de alcanzar el Asia y la Especiería, compitiendo con genoveses, venecianos y portugueses, sustentaban el plan acariciado por Colón.

El proyecto colombino fue presentado a Juan II de Portugal —señor natural del nauta— en fecha no precisada que puede oscilar entre 1482 y 1484. Pero contra la firme creencia de Colón, el proyecto fue rechazado por la junta encargada de su examen, probablemente por desconfianza acerca de las cifras estimadas a las distancias, por la prioridad que la ruta africana venía ejerciendo en los planes de la Corona lusitana e, incluso, por el riesgo que a la Corona portuguesa podría suponer transgredir los acuerdos de las Alcaçovas, suscritos con los reyes de Castilla.

En consecuencia, tras un primer viaje secreto de Cristóbal Colón al monasterio de la Rábida y a Palos de la Frontera en 1485 tendente a ampliar la información necesaria que hiciese viable y atractivo el plan a los reyes de Castilla, éstos recibirían al nauta luso-genovés en Alcalá de Henares el 20 o el 29 de enero de 1486. El estudio del proyecto colombino motivó la creación de una Junta Científica, cuyos dictámenes, sin diferir de los precedentes lusitanos, promovieron el acogimiento de Colón en la Corte itinerante de los Reyes Católicos, lo que le permitió perfeccionarlo y aguardar pacientemente las decisiones reales demoradas por las exigencias de la Guerra de Granada. A causa de una probable crisis de impaciencia, Colón regresó a Portugal para reiterar el proyecto ante el monarca portugués. Pero a su llegada a Lisboa se encontró con las noticias del hallazgo del *finis terrae* africano que abría la ruta de la India, lo que desmoronaba sus sueños reverdecidos de alcanzar el patrocinio de Juan II para su empresa, no quedándole más recurso que regresar a Castilla al año siguiente.

Entre 1489 y 1491 Colón adoptaría una doble táctica: mientras su hermano Bartolomé iniciaba contactos infructuosos con otras monarquías europeas, el nauta insistía en procurarse nuevos apoyos como los de los duques de Medinaceli y Medina Si-

donia, que concluirían con una nueva visita al monasterio de La Rábida en el otoño de 1491. Apoyado por fray Juan Pérez, éste escribiría a la reina Isabel, en la confianza de haber sido su confesor en otro tiempo. Respondería la Reina ordenando que Colón se presentase en la ciudad castrense de Santa Fe, donde se preparaba el asalto definitivo al último bastión del reino nazarí, Granada, de cuya conquista fue Colón testigo excepcional.

Unos días después del 2 de enero de 1492, una nueva Junta volvía a discutir las condiciones, exigencias y ventajas que podría proporcionar la empresa. Y aunque las excesivas pretensiones de Colón estuvieron a punto de dar al traste con la negociación, la intervención de algunos áulicos aragoneses en favor del proyecto colombino recondujeron la situación, alcanzándose las Capitulaciones de Santa Fe, que recogían el memorial de peticiones de Colón, el 17 de abril de 1492. En ellas se concedían a Cristóbal Colón, sin otra condición que el hecho descubridor en sí, los títulos de almirante con carácter perpetuo y hereditario, virrey y gobernador de los mares y tierras que descubriese; la percepción del diezmo de los beneficios y rentas a obtener; derecho a participar con una octava parte en toda expedición comercial con destino a las tierras descubiertas; y derecho jurisdiccional sobre los pleitos económicos que pudieran suscitarse.

La preparación de la expedición colombina determinó que fuese Palos de la Frontera el puerto de salida, dado que abundaba en marinos que habían frecuentado las aguas atlánticas hasta Guinea y el mar de los Sargazos, dotados de experiencia muy necesaria para el éxito de la empresa; además, los palermos estaban obligados a poner a disposición de los Reyes dos carabelas en concepto de composición o multa por no haber participado en su día en el bloqueo de Málaga. Por último, con objeto de que la expedición saliese de puerto real, la Corona adquirió de los Silva la mitad de la villa portuaria de Palos de la Frontera en 16.400.000 maravedíes. La financiación de la empresa se hizo posible por las prestaciones de Luis de Santángel y Pinelo —1.140.000 maravedíes del arriendo recaudatorio de la Hermandad de Galicia—, del propio Colón —500.000 maravedíes— y cantidades menores hasta alcanzar los dos millones, mediante aportaciones de los vecinos de Palos y amigos de Colón —el banquero florentino Joanoto Berardi, el Tesorero de Aragón, Gabriel Sánchez y el propio Santángel.

3.2. LA INVENCION DE LAS INDIAS

Dos carabelas —la *Pinta* y la *Niña*— y la nao la *Santa María*, del santanderino Juan de la Cosa, vecino del Puerto de Santa María, con tripulación cántabra, integrarían la flotilla que con un contingente humano de entre noventa y ciento veinte hombres —según las diversas fuentes—, se hizo a la mar el 3 de agosto de 1492 con destino a las islas Canarias. Tras aprovisionarse en la Gomera, el 6 de septiembre pusieron rumbo hacia el Oeste, a la altura del paralelo 28°. Treinta y seis días después, al amanecer del 12 de octubre, el vigía Juan Rodríguez Bermejo, de Lepe, dio la señal de que se había alcanzado tierra. Se trataba de un islote del archipiélago de los Lucayos, al que pusieron por nombre San Salvador.

La pretensión colombina de haber llegado al Asia —razón por la que llamó «in-

dios» a los aborígenes de la isla bautizada como Fernandina, el 17 de octubre— entró en franca colisión con el estado sociocultural de aquellos indígenas, pacíficos y desnudos, que de forma alguna podían ser súbditos del Gran Khan. No obstante, tras jalonar con nombres de la familia real las islas que encontraría en su periplo, Colón acabaría convencido de haber llegado a Cipango cuando el 23 de octubre alcanzó la costa nororiental de Juana (Cuba), donde su prejuicio geográfico le llevará a entender a los indígenas que aquéllas eran tierras del Gran Khan y que hacia el Este, en Babeque, había oro, información que hizo variar los planes colombinos y que puede explicar la aparente deserción en tal dirección de Martín Alonso Pinzón con la *Pinta* el día 21 de noviembre. Y aunque Colón no encontró la isla de Babeque, llegó a la que llamaría «la Española», donde fue informado por el cacique Guacanagarí del oro del Cibao, noticia que muy probablemente tiene que ver con la pérdida de la nao *Santa María* la noche del 25 de diciembre, con cuyos restos se levantó el Fuerte de la Navidad, primer establecimiento español en el Nuevo Mundo.

Reunidas las dos carabelas, tras el regreso de Martín Alonso Pinzón el 6 de enero de 1493 cuando Colón iba en seguimiento de los Caribes y buscando infructuosamente la isla mítica de Matinínó, sólo habitada por mujeres, el 16 de enero iniciaron un regreso peligroso e incierto a causa de las tormentas tropicales que las dispersarían, llegando la *Pinta* a Bayona, en la costa gallega, desde donde Pinzón hizo llegar a Barcelona, en la que se encontraban los reyes, la noticia del resultado del viaje, aunque desconocía la suerte seguida por Colón. Entretanto, la *Niña* había alcanzado las islas de la Madera el 16 de febrero, llegando a Lisboa el 4 de marzo. Juan II de Portugal recibió inmediatamente a Colón en su palacio de Valparaíso, vivamente interesado en conocer el resultado del viaje, de acuerdo con la partición del océano entre las dos potencias ibéricas acordado en el Tratado de las Alcaçovas (1479). El 9 de marzo Colón salió de Lisboa, llegando a Palos el día 15, de donde pasaría a Sevilla, para dirigir a los Reyes una carta en la que les informaba del viaje, los hallazgos y las pretensiones lusitanas que acababa de comprobar.

Simultáneamente, el Rey había diseñado una hábil política dirigida a varios frentes, disuadiendo amenazadoramente a Juan II de Portugal de sus pretensiones sobre las «nuevas Canarias» y dirigiendo todos sus esfuerzos a conseguir el reconocimiento internacional, contando con la anuencia de la Santa Sede. En tal dirección se programaría la publicación de una hipotética «Carta de Colón», redactada con las informaciones aportadas por el nauta, pero en la que se deslizaban errores que querían ubicar las tierras halladas fuera de la órbita portuguesa acordada en las Alcaçovas (1479). Entre mayo y octubre de 1493 doce ediciones de una supuesta carta de Colón dirigida a Gabriel Sánchez y a Luis de Santángel, áulicos aragoneses del rey, saldrían de las imprentas. Una versión latina, debida al humanista aragonés Leandro Cosco, se imprimió tres veces en Roma, tres en París, una en Amberes y otra en Basilea. Traducida al italiano y versificada por Giuliano Datti, se imprimió una vez en Roma y dos en Florencia. Sólo una versión se hizo en castellano, editada por Posa en Barcelona, cuya minuta, manuscrita por el propio Luis de Santángel se conserva en el Archivo General de Simancas. En consecuencia, una sucesión de cinco documentos papales, conocidos como «Bulas Alejandrinas» se desgranarían de la Cancillería vaticana. La *Inter coetera*, de 3 de mayo de 1493, establecía la donación papal de las tierras descubiertas «a los señores Reyes de la Mar Oceana». Una segunda, también *Inter coetera*, de la mis-

ma fecha, aunque debió expedirse en junio, restablecía el difícil equilibrio entre las empresas de Castilla y Portugal, roto por la bula anterior. La división del océano en función de un paralelo, que había distribuido las áreas de expansión luso-castellanas, pasaba a ser un meridiano, fijado a cien leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. La tercera *Eximiae devotionis* extendía a Castilla las concesiones papales hechas a Portugal con anterioridad. En junio, la bula *Piis fidelium* otorgaba al eclesiástico aragonés fray Bernal Boil funciones y poderes de legado papal para el segundo viaje de Cristóbal Colón. Y en septiembre, el Papa expediría la bula *Dudum siguidem*, de carácter aclaratorio.

3.3. LA CONFIRMACIÓN DE LA EMPRESA COLOMBINA

Si el primer viaje de Colón en 1492 trajo como única cosecha esperanzadas informaciones de las riquezas que atesoraban aquellas Indias —denominación adoptada por el prejuicio colombino de acceder al Asia desde Occidente—, el segundo, decidido con urgencia por la necesidad de asegurar aquel dominio contando con la bendición del Papado, trasladó al Nuevo Mundo 1.200 hombres en 17 navíos que salieron del puerto de Cádiz el 25 de septiembre de 1493. La ruta seguida varió sustancialmente en relación con la primera, descendiendo al SW desde Canarias para ponerse a la altura de las islas de Cabo Verde. El encuentro con las pequeñas Antillas el 3 de noviembre puso fin a otra crisis de impaciencia: la «Deseada», la «Dominica», la «Marigalante», la «Guadalupe», la «Montserrat»...; y llegaron por fin a la isla de San Juan Bautista (Puerto Rico) y el 28 de noviembre a la Española. No empezaba con buenos presagios la estancia de los expedicionarios en las Indias, pues sobre las evidencias de antropofagia de los Caribes encontradas en las islas menores, su llegada al Fuerte de la Navidad deparó la desagradable sorpresa de encontrarlo derruido y a sus defensores muertos. Colón decidió abandonar aquel lugar y seguir la costa hacia el Cibao, estableciéndose en el camino en la desembocadura del río Bajabonico que permitía el acceso al interior de la isla, fundando allí el 6 de enero de 1494 la Isabela, primera capital colonial en Indias.

La riqueza soñada se mostraba esquiva, mientras el hambre deshacía ensoñaciones y se incrementaban y agravaban las disensiones entre los españoles, reprimidas con mano dura por Colón. El descrédito del almirante recibió un duro golpe cuando Pedro de Margarit y fray Bernal Boil —los ojos y los oídos del Rey en aquella empresa—, aprovechando un viaje del almirante en dirección SE para confirmar las noticias proporcionadas por los indígenas de que había tierra firme en aquella dirección —Guayana oriental—, abandonaron las islas regresando a España e informando a la Corona de los desastres del gobierno colombino.

Las medidas de fuerza ordenadas por Colón, los repartimientos de indios, la esclavitud decretada para los indios hostiles o «flecheros» y las dificultades puestas por la Corona para el tráfico masivo de esclavos indios devengaron un sonado fracaso de Cristóbal Colón, quien, quebrantada su salud y ante la inminente llegada de un Visitador real para hacer un informe, le obligaron a regresar a España sin poder ejecutar su proyecto de hacerlo siguiendo hacia el Oeste, alcanzando la India y doblando el Cabo Tormentario. El 10 de marzo de 1496 estaba de nuevo Colón en la Corte sin poder presentar el balance favorable que se presumía a la empresa.